

LA NUEVA DIRECCIÓN DEL INSTITUTO DEL MUSEO

ACTO DE LA TRANSMISIÓN DEL CARGO

El día 12 de abril del año en curso, a las 11 horas, tuvo lugar en el despacho del Director el acto de la transmisión del cargo a su nuevo titular, elegido el día anterior por el Honorable Consejo Superior por un período completo de seis años, que abarca del 11 de abril de 1935 al 11 de abril de 1941.

Asistieron al acto el presidente de la Universidad y director interino del Instituto del Museo, doctor Ricardo Levene; el vicepresidente de la Universidad, profesor José Rezzano; director del Instituto del Observatorio astronómico, ingeniero Félix Aguilar; decano de la Facultad de Química y Farmacia, doctor Antonio G. Pepe; miembros del Consejo superior, señores Aníbal L. Guastavino, Enrique V. Galli y Juan E. Machado; director del Museo Etnográfico y Antropológico de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, doctor Félix F. Ontes; director general de Arquitectura de la Nación, ingeniero José A. Hortal; jefes de departamento del Museo, profesores, jefes de trabajos, egresados, alumnos, personal de todas las categorías y numeroso público.

Antes de suscribirse el acta, el Director interino del Museo, doctor Ricardo Levene, en muy sentidas frases expresó que había tenido el honor de dirigir el Instituto durante casi dos años y que, en el desempeño del cargo, se preocupó por la incorporación de nuevos jefes de departamento y profesores, por el aumento en el número de alumnos, por estimular las investigaciones en el territorio de la República, publicar los trabajos científicos de sus investigadores, abrir nuevas salas de exhibición al público en el Museo y por la formación, en la Escuela Superior de Ciencias Naturales, de naturalistas argentinos que continuaran la obra emprendida por sus grandes Maestros.

Agregó que había realizado esta labor con buena fe y sinceridad, pero también con cariño acendrado y respeto y simpatía para profesores, egresados y estudiantes, y con el deseo siempre reiterado de pacificación y orden.

Luego de evocar a los directores que tuvo el Museo, pidió para las nuevas

autoridades, a los estudiosos del Museo y a los directores de instituciones similares, colaboración y solidaridad, a fin de que pueda continuar la gran obra del Instituto que concibió el genio creador de Francisco P. Moreno.

DISCURSO DEL NUEVO DIRECTOR DOCTOR JOAQUÍN FRENGUELLI

Señor Presidente de la Universidad,
Señores Miembros del Honorable Consejo Superior :

En esta ocasión, sin duda la más significativa de mi existencia, en vano buscaría conceptos adecuados para expresar a todos mi satisfacción y mi gratitud por esta designación que tanto me honra ; por el testimonio de aprecio que tanto estimo ; por las esperanzas puestas en mí al entregarme un cargo que llena las más altas aspiraciones de un naturalista, al confiarme la dirección de este museo, joya la más valiosa de esa magnífica corona de institutos que integran esta Universidad de La Plata.

Señores Directores de los Museos científicos de Buenos Aires :

La presencia de ustedes en este acto es para mí aliciente incomparable. Aún más que las palabras, me asegura un firme propósito de acompañarme en mi difícil tarea con simpatía, con autoridad, con cooperación, vinculando sólidamente el Museo de La Plata con los de Buenos Aires en una acción coordinada, para el progreso de nuestra ciencia y para el bien de la patria.

Señores Jefes de Departamento, Profesores y Estudiantes :

En mi acción espero merecer la confianza de todos, porque no me trae aquí la ambición de un cargo brillante, ni sensualidad de gobierno, ni propósito personal alguno ; sino el cariño por esta institución, y un infinito deseo de progresar dentro de las ciencias en un ambiente propicio.

Me trae el anhelo de contribuir con todo mi empeño en mantener este Museo a la altura y prestigio al cual supieron llevarlo nuestros predecesores, para que siga siendo factor de progreso científico e intelectual, espiritual y moral.

No desconozco la magnitud de la tarea y las dificultades para su realización ; pero confío en que sabrá sostenerme el convencimiento de una noble misión a cumplir y la fe en que ella será cumplida por una voluntad puesta enteramente al servicio de un ideal y del deber.

Me anima también el vigoroso ejemplo de los que me precedieron en el cargo :

Francisco P. Moreno, modelo de fervoroso patriotismo y de infinito amor

a las ciencias naturales; absorbido en actividades múltiples, pero guiado siempre por una intensa pasión que hizo el milagro de erigir para su museo un soberbio edificio, y formular síntesis científicas cuya trascendencia recién hoy logramos apreciar;

Samuel A. Lafone Quevedo, quien, si bien anciano, acudía todos los días desde Buenos Aires a sus tareas, compartiendo sus preocupaciones de altos estudios americanísticos con un escrupuloso cuidado del patrimonio del Museo;

Luis M. Torres, quien por doce años, con afecto y tesón, sin desatender sus valiosas investigaciones arqueológicas, acrecentó los materiales científicos, los recursos económicos y la capacidad de la institución;

Augusto C. Scala, quien, desde el laboratorio de su departamento botánico, supo guiar serenamente la institución en horas renovadoras y sacrificarse en aras de un noble ideal;

Ricardo Levene, quien, con mano firme enderezó el timón en medio de la borrasca; y con el estímulo de su energía inquieta y dinámica, alentó a los solícitos, avivó a los rezagados, creando iniciativas y fomentando la acción.

Y, también siento vibrar en esta sala el hálito fecundo de Joaquín V. González, que ha de guiarnos en todas las horas; y el espíritu inmortal de Florentino Ameghino, que ha de seguir flotando aquí como incienso en el templo y como bandera en la batalla.

Imitar las virtudes y secundar los anhelos que animaron estos grandes ejemplos, es mi propósito firme; y de conseguirlo con vuestra amistad sincera, basada en un inmutable espíritu de solidaridad y en un sano principio de colaboración, encerrando necesariamente toda una larga serie de deberes recíprocos y, por ende, coeficiente seguro de orden, vigor y constante superación.

Sólo así es posible que nuestro Museo cumpla con su misión.

La empresa es ardua, porque la estructura de la institución es compleja y su función múltiple. Aquí, la obra ordinariamente confiada a las colecciones didácticas de diferentes facultades científicas está encomendada a un grande museo, entidad coherente y, al mismo tiempo, reunión de partes, bien definidas por contenido y características propias; ambiente de exhibición con fines precisos de cultura pública y, a la vez, conjunto de departamentos cada uno de los cuales no sólo ha de cumplir con una misión docente especial, sino ha de ser también instituto de investigaciones científicas altamente especializadas.

Una acción dirigida al desenvolvimiento coordinado y armónico de tantas y tan diferentes funciones no puede prescindir, en ningún momento, de la colaboración decidida de todo el personal superior y subalterno, penetrado de un profundo espíritu de disciplina y de un perfecto conocimiento de su propia responsabilidad y de su propio deber.

Una norma precisa de acción solidaria y jerárquica se impone también

como en toda sociedad humana, para no ser conglomerado de intereses antagonicos, en perenne conflicto, sino grupo unido y disciplinado en la persecución de un ideal colectivo.

Para lograrlo, preciso es despojar nuestra personalidad de actitudes egoistas y rebeldes, de aquel individualismo que en la convivencia colectiva, sólo busca un máximum de bienestar económico y lo exige por encima de toda consideración.

El Museo de La Plata nos depara una tarea compleja y difícil; pero una tarea noble y patriótica. Vale la pena que en ella sacrifiquemos las mejores energías de nuestra existencia y nuestras pasiones más puras. Es nuestro ineludible deber acrecentar los bienes materiales y morales de esta institución que la Universidad nos ha confiado para el constante incremento de su prestigio; y sería culpa irremisible llevarla ahí donde ella no fuera respetada o donde nosotros mismos nos halláramos en la imposibilidad de hacerla respetar.

Es necesario, pues, que cada uno trabaje en su puesto con espíritu de sacrificio.

El camino es largo, pero en su extremo brilla un sublime ideal. Nuestra labor es ruda, acaso improba; pero sus campos tienen horizontes infinitos y fecundidad inagotable para todos los que cultivan en ellos ávidos de saber, y de los ideales de la ciencia que elevan el alma.

La ciencia es bella por su perenne juventud, en la continua renovación de sus objetos, de sus hipótesis y de sus teorías, jalones efímeros en el camino de la remota verdad. Y es bella especialmente aquí, en nuestro inmenso territorio, con su infinita variedad de ambientes físicos y biológicos, densos de formas y fenómenos, de problemas y de misterios.

En este edificio, que es su templo, confiemos a la ciencia nuestras esperanzas y nuestra fe. De ella debemos traer optimismo y prodigarlo en contra del derrotismo de aquellos que en la crisis actual divisan el derrumbe de nuestra civilización y el final de una época de formalismo y racionalismo, sin contenido propio.

No hay duda de que la crisis actual es cambio de ruta. Frente al excesivo materialismo del siglo pasado nuestra civilización, con renovado empuje, vuelve a la acción heroica, a la exaltación de los valores espirituales, templando el intelectualismo con el espiritualismo, el positivismo con una metafísica un tanto mística, y el utilitarismo individual con ideales superiores colectivos.

Como en el Renacimiento, otra vez, más que en el materialismo y en la técnica, en la filosofía, en las ciencias y en las divinas expresiones del arte, busquemos la elevación de nuestra cultura. También nosotros como los hombres del Renacimiento seamos obsecuentes a las exigencias de la experiencia y de la observación, y también al rigor cada vez más inflexible del experimento y de la crítica; y traigamos un hábito de vida de la gran fe de Pitágoras y de Platón en las leyes eternas que rigen los fenómenos natura-

les, en la inefable sugestión mística que fluye de las cosas y de la grandiosa armonía del Universo. Pero, con una nueva visión del mundo que sepa eludir tanto aquella fe absoluta en la razón pura, que otrora degeneró en orgullo infecundo, como de una concepción metafísica extrema que supo llevar a las extravagancias de la magia y de la cábala.

Dentro de la sublime función de la ciencia, los museos de historia natural están destinados a desempeñar una tarea preponderante.

Es por esto que ellos son considerados como el más alto exponente del progreso de los pueblos. Es por esto que toda comunidad culta invierte sumas cuantiosas para su fundación y sostén. Y es por la misma razón que la ciudad de La Plata debe proclamar, con legítimo orgullo, su satisfacción de tener uno de los grandes museos del mundo.

Hace tiempo declinó el criterio que los museos debieran ser visión estática del pasado histórico o de la actualidad del mundo. Hoy un museo debe ser organismo vivo que continuamente se renueva en su acción cultural y continuamente se supera en su valor espiritual.

Un organismo que viva, mediante la obra constante e intensa de su personal, para secundar, como instrumento poderoso, las aspiraciones de la hora presente para un futuro mejor; un organismo cuyo contenido ha de actuar intensamente, por medio de nuestra obra científica, docente y cultural, para la consecución de ideales no precarios, sino con vastas proyecciones en el perenne futuro.

Hoy un museo debe ser un organismo, a la vez complejo y flexible. Para tal fin, preciso es despojarlo en lo posible de trabas administrativas, protocolares y burocráticas, que fatalmente limitan su desenvolvimiento. A no dudar, en una administración sana y ordenada son éstas actividades necesarias como las normas sistemáticas en las ciencias; pero, con sumo cuidado debemos velar que burocracia y sistemática no constituyan el contenido principal y la preocupación preponderante de nuestra tarea y esterilicen nuestra labor.

Debemos, en cambio, desarrollar con la máxima intensidad y eficiencia sus funciones realmente científicas en la investigación, en la enseñanza y en la cultura. Debemos recordar que las directivas museológicas modernas tienen por objeto lograr el ansiado equilibrio entre el análisis y la síntesis: el análisis propio de la investigación y la síntesis de la enseñanza juiciosamente realizada como docencia de sus aulas y exhibición en sus salas.

Recordemos también que, cada museo, para su desenvolvimiento, debe tener un plan de acción bien determinado y una orientación bien definida, para que sepamos, dentro de la finalidad general de estas instituciones, cuáles son los fines especiales que se persiguen.

En la función universitaria docente debemos conquistar la confianza y la adhesión de la juventud logrando su corazón.

Es menester acercarnos a la juventud en comunión espiritual y en ella buscar esa simpatía y estímulo necesario para sostener nuestro entusiasmo,

para rejuvenecer perennemente nuestro espíritu, para vivir al ritmo acelerado de nuestros tiempos.

En la cátedra y fuera de ella, el profesor ha de ser ejemplo permanente de cultura y de moral, de fe y de acción.

Conservando dentro de la mayor amplitud el concepto de la libertad de asistencia, debemos inducir en nuestros alumnos la convicción de la necesidad de frecuentar los cursos, tanto teóricos como prácticos, y no con predicaciones vanas, sino despertando en ellos interés por la forma y el contenido de las clases, por el provecho y los beneficios que para ellos la frecuencia signifique.

En los dominios de la alta docencia una obra eficiente sólo es posible cuando la enseñanza logre ser nexa entre la inteligencia y el alma, y entre el cerebro y el brazo. Preciso es que la palabra del maestro sea fuerza viva que en los jóvenes suscite entusiasmos y actividades creadoras.

En la enseñanza universitaria debemos tender a la formación de investigadores especializados. Se puede discutir mucho sobre el carácter, los límites y el valor de la especialización científica. Pero, en mi entender, está fuera de toda discusión que la especialización, en cualquier sentido se entienda, necesita de un gran cariño a los fenómenos de la naturaleza, una dedicación profunda y, sobre todo, verdadera vocación.

Quien en la investigación científica y en la ciencia en general, busca simplemente un empleo o un medio para lucrar, nunca será de provecho para un museo de ciencia natural, ni para institución científica alguna.

Los hombres de verdadera vocación, en cambio, saben sacrificar mucho en aras de sus ideales y saben resistir a las tentaciones del lucro y especialmente a la acumulación de cargos, cuyo desempeño quita toda posibilidad de seguir investigando. Quien tiene verdadera vocación sabe conformarse con la penuria de los medios que ordinariamente proporciona la ciencia y suplir con las hondas satisfacciones que ella proporciona a la escasez de recursos materiales.

Naturalmente, conviene considerar un límite lógico al sacrificio que voluntariamente sabe imponerse el hombre de estudio y ponerlo en esas condiciones económicas suficientes y adecuadas para que sus condiciones espirituales no sean deprimidas por las angustias de la vida diaria y sus actividades sean estimuladas para su mayor rendimiento.

Y esto no es posible lograrse solamente con una remuneración proporcionada a las necesidades imperiosas de la vida material. Necesita también proporcionarle los elementos indispensables a la investigación misma: laboratorios, materiales, libros, en la medida que corresponde a las exigencias de su dedicación y de su especialidad.

En la investigación dentro de las disciplinas biológicas el instrumental es muy costoso y no siempre es posible que el investigador pueda invertir gran parte de su escaso peculio para satisfacer a los imperativos de su vocación y de su cometido.

Más costosos aún son los libros de que necesita una biblioteca científica. Costosa es su adquisición y más onerosa es su organización.

El estudioso que, dentro de las diferentes ramas de la ciencia natural, se especializa no necesita tanto de manuales y textos como de las notas, memorias, monografías, que llenan las numerosas revistas científicas de todas las naciones cultas del mundo. Estas, en su conjunto, forman una masa ingente de material bibliográfico cuya consulta es imprescindible para seguir el desenvolvimiento de las diferentes ramas de la ciencia y para conservar el imperioso contacto con el ambiente científico mundial que ha de formar un todo armónico y solidario.

Especialmente considerado en relación con un organismo complejo como nuestro Museo, es un material que, día a día, va asumiendo proporciones gigantescas, en el cual todo esfuerzo se agota y toda iniciativa se pierde si no se procede a una rigurosa y prolija organización de su contenido.

La eficacia de una biblioteca científica se reduce considerablemente y su finalidad se malogra sino se provee a un minucioso fichaje de todos los artículos contenidos en todas las revistas y una clasificación metódica de ficheros por autores y por materias.

Al lado de una biblioteca central, que reúna las obras y las revistas de carácter general o dedicadas a ramas múltiples, deben existir secciones especializadas que, a cargo de los diferentes departamentos, contengan los elementos propios de cada uno de éstos y a inmediato alcance de quien en los mismos diariamente estudia y trabaja.

Dentro de un instituto, en que la investigación representa una de las actividades fundamentales, es condición primordial también que su personal cuente con los medios para que el fruto de su trabajo pueda servir ampliamente al progreso de la cultura de la ciencia.

Desde este punto de vista, el Museo de La Plata, con sus múltiples órganos de publicidad, está en condiciones favorables y cuenta con medios suficientes. Debemos cuidar celosamente que tan valioso privilegio no se malgaste y que su importante finalidad no se malogre.

Especialmente *Revistas y Notas Preliminares*, de los dos órganos básicos de nuestras publicaciones, han de perfeccionarse en su reglamentación, para que cada uno de ellos cumpla con la tarea exacta que le fué asignada por sus fundadores.

Entre estas publicaciones he de dedicarle toda mi atención a la obra del cincuentenario del Museo, que llevaremos a cabo de acuerdo con la iniciativa del doctor Ricardo Levene.

Una cuestión importante es la que se refiere a las actividades accesorias del personal científico. El investigador no debe esterilizarse en un sinnúmero de actividades de orden subalterno. Para que podamos exigir de él el máximo de producción útil, no basta que el personal halle dentro del Museo un ambiente propicio para su cometido, sino se impone, además,

que en la misma institución concentre toda su labor a la investigación y únicamente la comparta con la cátedra.

Para la ilustración del público, para la confección de catálogos y fichas, registros de entradas y expedientes de carácter administrativo, debe emplearse un personal auxiliar competente.

Intimamente relacionadas con la investigación debemos considerar las excursiones de exploración científica. Es una necesidad absoluta que el naturalista actúe lo más posible en el ambiente mismo en que se desarrollan y se manifiestan los fenómenos físicos y biológicos donde la naturaleza vive y actúa. La investigación en los laboratorios y en la biblioteca han de ser actividades subsidiarias y complementarias de las investigaciones en el terreno.

Y esto no vale sólo para la Geología y Geografía física, cuyas manifestaciones necesariamente están siempre lejos del artificio de nuestros laboratorios, sino también para las disciplinas que se ocupan de formas biológicas actuales y fósiles.

Por lo que se refiere a las formas vivientes en vano nos esforzaremos de reproducir un ambiente adecuado para el estudio de sus actividades vitales.

Por lo que se refiere a los fósiles es necesario siempre la más abundante y precisa documentación de sus condiciones de posición y yacimiento constatadas *de visu*.

Necesita además renovar las colecciones o acrecentarlas de materiales de estudio cada vez más numerosos.

Los materiales viejos deben ser conservados y prolijamente clasificados; pero, para observaciones e investigaciones es preciso recordar que, especialmente los jóvenes, nunca deben limitarse al estudio de viejos restos hallados en las vitrinas de museos o adquiridos por coleccionadores no siempre competentes.

En todo museo es imprescindible una selección juiciosa de los objetos expuestos. Y el esfuerzo ha de ser concentrado, no en la cantidad, sino en la de calidad de los objetos y en la forma de hacerlos cada vez más atractivos e instructivos. Es necesario, también, aumentar la exposición de conjuntos biológicos, sea los grupos destinados a ilustrar el modo de vivir de las especies, como los que quieren representar el carácter de las sincicias en su composición y en su característico escenario ecológico. Muy ilustrativas serán las representaciones de ciclos biológicos, dimorfismos sexuales, mimetismos y las que pongan en evidencia los beneficios y los daños a otras formas vivientes, al hombre inclusive.

Será imprescindible aumentar cada vez más el caudal de materiales extranjeros de comparación y consulta; pero, en las vitrinas de exhibición, conviene limitar estos materiales al más estricto necesario, para no desvirtuar el carácter netamente argentino que el Museo de La Plata debe conservar a toda costa.

El exceso de material dentro de las vitrinas, además de confundir al pú-

blico, expone los objetos a fáciles deterioros y tiene el inconveniente de dificultar al especialista el manejo y el estudio de los objetos mismos.

Los duplicados y las colecciones en series, salvo casos especiales, deben ser conservados en archivos prolijamente ordenados y fichados. En todo lo posible deben acrecentarse cada vez más, para una máxima documentación de las diferentes especies y sus reacciones frente a los variaciones ecológicas y fenológicas en los diferentes momentos de su ciclo vital y en la sucesión de las áreas geográficas y de los tiempos geológicos.

Pero, siempre debemos tener presente que estos materiales son de interés especialmente para el estudioso. Para el público se necesitan, en cambio, materiales atractivos; cuidando que ellos, para sus fines culturales, estén en relación con la capacidad de quien acude a las salas de nuestro Museo.

Para estos fines, es necesario acompañarlos de esquemas y leyendas que faciliten su comprensión.

Mi breve paso por la secretaría de este Museo me ha puesto en contacto íntimo con sus necesidades.

Sinceramente, he de asociarme a los que, con toda verdad y justicia, han reconocido todo el alto valor de su personal científico y docente.

Pero una cuidadosa revisión del material se impone, así como también una más prolija organización.

Además de las exigencias impuestas por el espacio, siempre limitado, debemos satisfacer a las exigencias de la estética.

Una necesidad apremiante es el mejoramiento de sus vitrinas, demasiado altas y demasiado hondas en relación con el tamaño de las piezas y las condiciones de iluminación del edificio.

No es posible desconocer las grandes dificultades, especialmente de orden económico, que se oponen a su renovación.

Dentro de la situación actual, quizá sería imposible afrontar una empresa tan costosa, sin el concurso del público que tan numeroso llena todos los días nuestros salones.

Tal vez sería necesario vincular aun más íntimamente nuestro Museo con la sociedad pudiente, estimulando en ella la convicción de fomentar una obra tan útil y patriótica, y la necesidad de ligar su nombre al progreso científico del ambiente en que vive.

Estimularla con una propaganda bien dirigida pero, sobre todo, con la persuasión, inducida en los demás, de las altas finalidades que persigue nuestra institución.

Y lo lograremos con nuestra labor siempre más asidua y fecunda, con solidaridad fraterna en la obra común y disciplinada, de manera que la suma del bien que cada uno logre alcanzar por sus propias fuerzas se torne en bien común.

Al lado de las iniciativas individuales dentro de cada especialidad, es necesario el ideal colectivo, capaz de promover en nuestro espíritu un in-

centivo que sirva para nuestro mejoramiento moral y situarlo en planos cada vez más elevados.

Y este lazo de unión debemos empeñosamente buscarlo, ante todo, en aquel espíritu de solidaridad humana que no debe faltar entre hombres de cultura superior, llamados a desempeñar un único fin, a realizar una única tarea: esto es, el desenvolvimiento científico, cultural y docente, y el gobierno moral y económico del Museo de La Plata.

Luego, debemos buscarlo en una obra común, de investigación colectiva, donde todos concurren, aportando, cada uno en su capacidad y medida, una contribución eficiente.

En fin, debemos lograrlo en la contemplación de los intereses mismos de la institución que nos han confiado para que obremos constantemente para su bien y progreso.

Y para nuestro sustento elevemos nuestro espíritu a las grandes figuras históricas que nos dieron un ideal puro, firmemente fundado en un sentido heroico de la vida, llevando oculta en el alma una grande esperanza y en el corazón la llama de la fe en los grandes destinos de la Patria.

Al agradecer nuevamente el insigne honor que me ha discernido la Universidad de La Plata, prometo solemnemente inspirarme en el espíritu de justicia y en la gran obra de mis ilustres predecesores, el fundador del Museo, Francisco P. Moreno, y los directores Samuel Lafone Quevedo, Luis María Torres, Augusto Scala y Ricardo Levene.